

Aproximando la pasión femenina



ALICIA LEISSE DE LUSTGARTEN¹

DOI: 10.36496/N136-137.A8

ORCID ID: 0000-0002-4177-9917

RECIBIDO: MARZO DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

RESUMEN

Las líneas recorridas pretenden destacar cómo se gesta la pasión o los estados pasionales, marco de las vivencias tempranas del desarrollo psíquico, deteniéndonos en eso particular que hace a la mujer. Nos hemos movido en el terreno de los comienzos de la vida, donde reinan las satisfacciones narcisistas, gestoras del sí mismo, al tiempo que las vivencias polares del todo o nada, de las gratificaciones dentro de la ilusión de completud que colorean ese mundo temprano. El advenimiento progresivo de la condición de sujeto encara al pequeño ser con la falta, motor del deseo, vía fantaseada en su proceso de subjetivación, condición de vida.

DESCRIPTORES: AMOR / PASIÓN / NARCISISMO / FEMINEIDAD
/ RELACIÓN MADRE – HIJA / SUBJETIVACIÓN

1 Miembro titular en función didáctica de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. aleisse@gmail.com

SUMMARY

The lines covered are intended to highlight how passion or passionate states are gestated, a framework of the early experiences of psychic development, dwelling on that particular thing that makes women. We have moved into the terrain of the beginnings of life, where narcissistic satisfactions reign, managing the self, as well as polar experiences of all or nothing, of gratifications within the illusion of completeness that color that early world. The progressive advent of the condition of subject faces the small being with the lack, motor of desire, fantasized way in its process of subjectivation, condition of life.

KEYWORDS: LOVE / PASSION / NARCISSISM / FEMINITY / FATHER-DAUGHTER RELATIONSHIP / SUBJECTIVATION

ALGUNAS IDEAS PARA COMENZAR

Desde el discurrir histórico, en el que la mujer se ha visto supeditada al hombre en casi todos los órdenes de la vida, nos corresponde indagar sobre los efectos que han traído investigaciones psicoanalíticas divergentes de algunos enunciados freudianos, en procura de salir de una suerte de determinismo más apoyado en la biología, desconocedor de la condición de cambio de un sujeto siempre en movimiento. Es el caso de lo que tiene que ver con lo femenino y la mujer, a quien Freud terminó por considerar «un continente oscuro» (1926/1976d); eso sí, abierto a la exploración de psicoanalistas mujeres, que estarían más cerca de dar con ello.

Desde hace unos cuantos años, el tema de la pasión es tratado psicoanalíticamente en forma específica por algunos autores. Entre ellos, las ideas más originales y abundantes son las de Piera Aulagnier (1923-1990), psicoanalista francesa de quien parto para las reflexiones que hoy recojo. Muchos otros escritos aportan desarrollos que teorizan alrededor de lo que refiere a los comienzos de la vida psíquica, la estructuración del sí

mismo, las vivencias correspondientes al intercambio inicial con los objetos, los déficits, entre tantos tópicos, aspectos estrechamente vinculados a la comprensión psicoanalítica de la pasión. En la década de los noventa, comencé a pensar en la importancia del narcisismo temprano como punto de partida de la organización psíquica del sujeto. Y es que sin quitar el destacado papel que la resolución del Edipo ejerce en cada sujeto: renuncia a la omnipotencia -no se lo es todo- y aceptación de la castración -no se lo tiene todo-; las vivencias que se tienen desde el narcisismo de los comienzos hacen efecto en el ensamblaje con el que transita cada quien, pilares para la construcción estructural que cada individuo exhibe.

En las ideas que queremos destacar, nos encontramos con dos aristas centrales: el papel del amor y su entronque temprano con la pasión. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1921/1976c) habló sobre el enamoramiento, destacando su carácter pasional cuando afirma:

El yo resigna cada vez más todo reclamo, se vuelve más modesto, al par que el objeto se vuelve más grandioso y valioso; al final llega a poseer todo el valor de sí mismo del yo y la consecuencia natural es el autosacrificio de este. El objeto, por así decir, ha devorado al yo. (p. 107)

Expresión que consideramos desde los amores de los comienzos de la vida, con su cualidad de intensidad y efectos definitorios a lo que hace al sí mismo, al tiempo que da cuenta de un elemento fundamental, el profundo compromiso en la relación amorosa con un otro, del amor a sí mismo y la recuperación, en ese otro, de aquello que le falta y busca completar, esencia del narcisismo y eje de la constitución del sujeto humano.

Este es un punto central a considerar en la pasión. Recoge los efectos de las vivencias tempranas en sus logros y en sus faltas, es decir, en la ilusión de lo que se querría tener y en la frustración de lo que nunca se tuvo. Digo central porque nos permite entender por qué la pasión amalgama lo vital llevado al éxtasis con lo destructivo, en la falacia del éxtasis buscado.

Voy a considerar a continuación algunas ideas que refieren específicamente a *la pasión femenina*.

En un trabajo anterior, al detenerme en las vivencias derivadas de la relación temprana, me encontré con particularidades que refieren a lo que

ocurre en la niña que permiten aproximaciones relevantes. Para empezar, no podemos ignorar la dirección que marca la cultura a lo largo de los siglos, cómo define al varón, cómo a la niña y cómo interviene en lo que compete a cada uno. De la misma manera que hay un Edipo femenino y una expresión particular de la castración, ocurre lo propio con la pasión. Algunas afirmaciones la señalan como femenina, en tanto en la mujer que vive una pasión interviene la demanda de amor narcisista. No podría yo suscribir este aserto excluyendo al varón. Sí que esta demanda toma vías particulares en cada quien, con variantes inéditas. Como señala Ana Teresa Torres en su texto *Elegir la neurosis* (2002), a propósito de las relaciones entre la histeria y la feminidad:

Ocurre un fenómeno de observación clínica: la mayoría de las mujeres tienen una estructura histérica y la mayor parte de los sujetos histéricos son mujeres. A mi modo de ver esta relación no se debe a un destino o hecho casual, tiene que ver con la manera con que la cultura ha situado a la mujer y cómo la mujer ha quedado inserta en el orden sexual. De modo tal ocurre que, cuando describimos muchas de las características de la histeria, nos encontramos describiendo puntos muy comunes de la psicología de la mujer. Decir que la histeria es femenina no sería exacto, que la feminidad es histérica tampoco. (p. 61)

Y sigue:

La histeria es un producto cultural, como, por otra parte, me parece que es la neurosis en general, y que por lo tanto la histeria es la respuesta de la mujer a un cierto discurso de la cultura occidental. (p. 62)

De manera análoga, encuentro que decir que la mujer está marcada por el amor y el hombre por el poder responde a estereotipos culturales que pueden tener valor transitorio, en tanto los enunciados cambian. Los estudios sobre género que se llevan adelante abundan en estas cuestiones, procurando nuevas perspectivas de aproximación a la mujer y al hombre, tanto como a las dimensiones de lo femenino y lo masculino. No cabe en este trabajo detenerme en estas importantes cuestiones que

ocupan indagaciones en diversas áreas del conocimiento, también del psicoanálisis.

¿Cómo se gesta la pasión? El deseo, motor de la vida psíquica, está presente desde el comienzo de la vida. El nacimiento del deseo ocurre en el encuentro con el pecho, vía de satisfacción de la necesidad, al tiempo que gestora de la vivencia de placer. La especularidad, telón de fondo que sostiene este encuentro, dejará en el *pequeño ser un resto* que hace presencia en representantes psíquicos muy primitivos. Me refiero a primitivos como no discernidos y en los que no hay cumplimiento de deseo; son realizados allí mismo en una suerte de bidimensionalidad pictográfica para Aulagnier (1975/2010), condensada o desplazada para Freud (1900 [1899]/1976b). Es desde allí que el deseo surge por la añoranza de esa primera experiencia de satisfacción perdida, generadora de un estado deseante que abre lugar para que el sujeto se constituya como tal. La imposibilidad de reencontrar ese objeto en el mismo instante y de la misma manera nos permite sostenernos como sujetos deseantes, y es por eso un deseo indestructible. La pasión se hará portadora tanto del deseo que busca satisfacción a toda costa como del anhelo que ha sido denegado, mientras que la pulsión pulsa, rodeando, al decir de Lacan. Pero al toparse con la imposibilidad, en tanto escenario de la sexualidad infantil inconsciente, la pasión arrastra una suerte de doble inscripción: conlleva un deseo insatisfecho, a la par que su resolución siempre está incompleta.

La ruta de lo que hace a la *pasión* en el sujeto de los inicios, también en su recorrido vital, advierte un sentimiento mágico de encuentro incondicional de algo perdido o nunca tenido. Es la condición de necesario y el carácter de incondicionalidad lo que lleva a pensar que, más allá del efecto que deja la pérdida edípica por la amenaza de castración, se ha producido un hiato, suerte de corte en la afirmación narcisística, registro indispensable para que el placer tenga lugar fuera del orden de lo obligante. En este contexto, el sujeto de la pasión puede ser portador de importantes daños en su narcisismo en cualquiera de sus variantes, ser querido, deseado, anhelado o acompañado. De allí la creación de un escenario que promete -artificialmente, claro está- una reivindicación. Para McDougall (1976/1982) la estructura del ser pasional es frágil. La falta de integridad narcisista y de la propia estima proviene de una mirada trunca que deja un vacío. Por eso,

llenarla se convierte en una necesidad psíquica fundamental. La identidad se busca en el otro porque el referente ha sido inexistente o insuficiente. Aferrarse a ese otro muestra que su necesidad se llena solo con la presencia que supla la imagen ausente. La relación sexual con frecuencia cumple esa función. Las ideas que da Aulagnier (1979/1980) muestran la pasión como uno de los destinos en la búsqueda de placer. Su fuerza y el objeto al que se dirige satisfacen a un tiempo las pulsiones de vida y de muerte. Pero el punto de partida –para esta autora– es huir del sufrimiento psíquico, dejando fuera los pensamientos perturbadores.

¿POR QUÉ FEMENINA?

Decíamos antes que corresponden nuevas aproximaciones, en tanto los asertos freudianos sobre la mujer no se sostienen. El feminismo y el psicoanálisis se constituyen como una línea de indagación sobre la diferencia sexual como elemento central de sus investigaciones. Otros psicoanalistas han empleado el término *género* para referir al contenido social de la construcción de la feminidad y la masculinidad.

Veamos más de cerca qué sucede en la *niña*. Nuestro enfoque apunta a una vía más estructural. Me refiero a eso particular que interviene en la constitución de su subjetividad. La pasión refiere al terreno de la idealización y de las satisfacciones narcisistas. Ello nos conduce al lugar en el que la pequeña se encuentra, sin saberlo, con ese alguien que será su primera referencia, su primer objeto de amor. Para hacerse sujeto, tiene que dejar de ser eso confundido con la madre, eso fusional. La madre no es más el soporte especular o la relación fusional, o aun la relación dual de marcada dependencia. Es la niña misma la portadora de una falla estructurante gestora de la vida psíquica, de la misma manera que el corte del cordón umbilical marca el ingreso a la vida fuera del útero materno. Ha quedado dividida de la madre y ocurre la paradoja de que, para ser ella misma, necesita esa imagen referente. Reencontrará en ella esa unidad perdida, y esa mirada será fuente de reconocimiento, de cohesión. Pero no se encuentra en la diferencia como el varón, lo que asoma la trascendencia que hace en su articulación psíquica que el espejo materno le devuelva una imagen de su mismo sexo, otra doble. Su identificación originaria es al cuerpo de la

madre. El varón tiene un cuerpo que es diferente y que es significado como tal. Esta diferencia será simbolizada como que posee un soporte propio. La madre es una figura muy poderosa para la niña, y la pérdida arcaica de lo que ello comporta representa una suerte de túnel que debe atravesar, con inevitables secuelas narcisistas. La mujer buscará todo aquello que la haga ser. Por eso desea el deseo, porque como todo sujeto humano, se ha constituido en función del deseo del otro, otro materno, y por eso pretende hacer el deseo infinito. El deseo satisfecho deja de ser deseo para procurar eso otro inalcanzable. La niña pierde a su madre para ser ella misma, pero la pierde también cuando no es objeto de su deseo sexual. Es del mismo sexo del progenitor que la ha engendrado. Ambos sexos, niña y varón, se definen en referencia a la mujer y, más tarde, al hombre. El varón se sabe, se siente, se percibe deseado. A la niña la rodea el silencio sobre su ser deseada porque se interpone la barrera sexual. La madre no inviste de la misma manera los genitales de la niña que los del varón, ni su sexualidad está tan estimulada ni tan exhibida. Recordemos que, en materia de erotismo, la madre es la primera iniciadora, a través de los cuidados del cuerpo. Su deseo sexual es determinante en el despertar sexual del bebé. La niña puede sentir esto con el padre, pero en los comienzos él está detrás de la madre, ausente ante sus ojos y ausente como deseante. Para algunos autores, ello marca la insatisfacción que comporta el carácter de la mujer, nunca contenta con lo que es, siempre en busca de algo diferente, ¿otro cuerpo deseable para la madre?

Las ideas de Lemoine-Luccioni (1976) señalan la diversidad de vínculos que tiene la niña con cada uno de sus progenitores, destacando el nuevo encuentro que sucede cuando el padre se introduce. Representa la liberación de la dependencia del poder de la madre, al tiempo que es percibido en su conducta física y emocional como un otro separado estimulante, y en tanto tal, excitante. Esa vuelta al padre recoge el efecto de la partición con respecto a la madre, haciéndose un ideal de amor, alguien único, inamovible. Mientras más retenga ese carácter, más pasional se hará el amor y más recogerá los restos de las vivencias afectivas fundamentales y fundantes de la psique femenina. Ese amor que busca resarcir la división hará del hombre un padre-madre. Interpretando las palabras de la autora, su discurso sería: «Sin ti soy nada, espero todo de ti, seré como tú quieras,

a condición de que me ames». Se da toda a cambio de amor; quiere que la deseen y le den vida. Nos movemos en el terreno, no de un desenlace inevitable, pero sí de la incubación de la pasión, porque la dependencia le da un carácter de necesario al deseo. Se trata del nudo pasional «Si me abandonas, muero; si no me abandonas, me pierdo a mí misma puesto que me convierto en ti». La demanda de amor hace presencia y a cambio de ella se esclaviza, pero al encontrarse en el otro se desdibuja su condición de sujeto. Podría afirmarse que la mujer se rige por un régimen narcisista, privada de la mitad de sí misma en su gesta identificatoria, esa otra mitad de la que se separa la empuja en la dirección de lo que no está, lo que puede favorecer el camino a la insatisfacción. En la mujer, cuenta la intensidad relacionada con el amor a un hombre; por ello su felicidad depende de él. Priva también el temor a no ser lo bastante amada, pero, paradójicamente, el hombre no es apto para la reparación narcisista de la mujer porque su manera de mostrar sus sentimientos no circula tanto con palabras de amor, se muestran más desde la posesión. Recuperar la unidad de su persona, la estima infantil y el cuerpo deseado es un proyecto que recoge la pasión, pero que no conseguirá porque la época en que ello era posible ya pasó. Lo insatisfactorio de aquella primera relación difícil la lleva a hacer lo que sea para lograrlo todo, puerta abierta para la alienación al deseo del hombre. Eso es lo que encuentra cuando pretende buscar en el hombre lo que no encontró en la mujer-madre. La vieja secuela que quedó de la relación con la madre la llevará al encuentro con el hombre, buscarse a sí misma a través de otro. La relación sexual es también un camino abierto donde la mujer podrá sentirse más completa.

LA PASIÓN Y EL NARCISISMO

Pensamos que ni el amor pasional -ese desbordamiento de la libido sobre el objeto- ni el amor de la mujer por su hijo -amado en un principio como una parte de ella misma o por su compañero- no es otro que el ideal del yo masculino e, incluso, en palabras de Freud (1914/1976a), «el conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza» (p. 88).

He elegido esta hermosa cita de Freud porque recoge de manera central el propósito de estas líneas: reflexionar acerca de *la vieja historia del amor*, y cuando hablo de vieja, me estoy refiriendo al pasado, a los orígenes del ser en su encuentro con el exterior preñado de intensas vivencias disruptivas que en el plano del odio y del amor dejarán su sello para toda la vida. Refiere a la articulación del yo, a cómo se hace el sujeto a partir de las referencias que aporta un otro, de las significaciones que le atribuye y donde el amor es centro de esas atribuciones. Es una suerte de piso fundamental para lo que se está construyendo. El pequeño ser es narcisizado, una suerte de diseño de la propia estima, en el que la imagen que es para otro es la vía para poder acceder a las suyas.

Bien sea desde la perspectiva del déficit -terreno donde lo que falta tiene cualidad de exceso que hace difícil la simbolización y aun su representabilidad- o la perspectiva del conflicto -en el que reina la dinámica del enfrentamiento entre exigencias internas irreconciliables-, toda la experiencia humana será significada por lo que acontece en los comienzos de la vida. De esta manera, las diversas variantes clínicas muestran una problemática con el amor, en el entendido que el sujeto se constituye como ser narcisista, puntal de referencias que define un sí mismo articulado en un escenario que ofrece la ilusión de serlo todo para otro, la madre o quien haga su función, ilusión que nunca abandonará, buscando restituir en un algo o alguien la experiencia velada para siempre, con los recursos de los que se vale el inconsciente. Es así como puede zafarse de aquel primer vínculo, por demás imposible de sostener, en su acceso a la condición humana. De no ocurrir así, harán presencias patologías que tienen en común el quedar alienado a ese otro del que no puede separarse. Es la insuficiente o ausente delimitación de lo que se es, de la problemática que refiere a la identidad del ser. Estamos hablando del soporte narcisístico que refiere a la constitución del sujeto, diferente del soporte edípico que definirá su inserción dentro del orden que marca la ley, el reconocimiento de la diferencia de los sexos, de las generaciones y la castración.

LA PASIÓN: NEXO INDISOLUBLE CON EL DESEO

De lo afirmado en las líneas anteriores, podemos considerar que la mujer quedaría particularmente marcada en su desear, en tanto pierde tempranamente a la madre como ser deseante, con efectos en su constitución temprana. Haría un efecto específico en lo que Lacan conceptualizó como *la falta en ser*, común a los dos sexos, pero en ella, al parecer, de sutura más compleja. Podríamos aventurar que su condición de demandante queda subrayada porque también carga con la confirmación de su ser deseada. Nos seguimos moviendo en los terrenos de la construcción del narcisismo de los comienzos y, en tanto tal, la gesta de la pasión. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Aulagnier, P. (1980). *Los destinos del placer*. Petrel. (Trabajo original publicado en 1979).
- Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación*. Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1975).
- Freud, S. (1976a). Introducción del narcisismo. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- Freud, S. (1976b). La interpretación de los sueños. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 4). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900 [1899]).
- Freud, S. (1976c). Psicología de las masas y análisis del yo. En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1976d). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En. J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- Hamon, M. (1995). *¿Por qué las mujeres aman a los hombres? Y no a su madre*. Paidós.
- Kofman, S. (1997). *El enigma de la mujer*. Gedisa.
- Lemoine-Luccioni, E. (1976). *La partición de las mujeres*. Amorrortu.
- Lemoine-Luccioni, E. (1990). *¿Las mujeres tienen alma?* Argonauta.
- McDougall, J. (1982). *Alegato por cierta anormalidad*. Petrel. (Trabajo original publicado en 1976).
- Torres, A. T. (2002). *Elegir la neurosis*. Fondo Editorial Sociedad Psicoanalítica de Caracas.